

Suscripción.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7,50 ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado. Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION
Lagar núm. 5.

NÚM. 206

Sevilla—Lunes 8 de Septiembre de 1902

AÑO XXVI

Preocupación justa

La noticia de la llegada a Madrid de nuestro embajador en Francia y la conferencia reservadísima que celebró con el presidente del Consejo, á hora inusitada para el Sr. Sagasta, ha causado profunda impresión en Madrid, y los grandes periódicos de la mañana dan preferente atención al suceso, comentándolo cada cual desde su especial punto de vista y recogiendo la información de la prensa de Europa y América, que discurre acerca de las contingencias de nuestras alianzas ó inteligencia con las potencias continentales.

Para nosotros ni es una novedad ni una sorpresa el viaje, como no sea en cuanto á la precipitación de los sucesos afecte.

Teníamos descontado, y se lo hemos comunicado á nuestros lectores, que algo se trataba en ciertas cancillerías de este asunto, al que no era por completo ageno un viaje realizado hace un mes por una elevadísima persona que recibió grandes muestras de agasajo por nuestros vecinos los franceses.

Que no podíamos ni debíamos permanecer aislados del concierto del mundo, ha sido nuestra constante opinión, aun en aquellos días amargos de 1898. Que íbamos bien con los afectos, lo hemos dicho muchas veces; pero que no podíamos prescindir de los intereses y de las conveniencias, y si se armonizan los dos términos, miel sobre hojuelas.

Dos grandes problemas integran nuestra política internacional: nuestras relaciones con las repúblicas de nuestra raza, para ejercer la natural influencia y el desarrollo de nuestro comercio con las repúblicas hispanas, y que la república sajona parece dispuesta á cerrarnos el paso, y no contenta con habernos usurpado las colonias, pretende borrar nuestro nombre en América y hasta suprimir nuestra lengua en el continente descubierto por Colón y civilizado por nuestros ascendientes.

Es el otro el problema mediterráneo y africano, que no podemos abandonar y que debemos atender como parte integrante de nuestra misma soberanía.

Para uno y para el otro se impone una política de gran actividad, no de aventuras ni atolondramientos y precipitaciones, sino de grandes habilidades canchillerescas, para que no vayamos arrastrados á lo desconocido, siendo bestia de carga ó instrumento ciego de los poderosos; sino factor ponderable, apreciando bien nuestras fuerzas y reclamando el premio en la medida del servicio.

Sean cualesquiera los motivos y las causas de los requerimientos que se nos hacen, este hecho elocuentísimo es la mejor demostración de nuestra fuerza y elemento muy apreciable para hacernos valer en la relación y en la proporción en que inclinemos la balanza del lado de donde nos decidamos.

Nuestros estadistas no deben olvidar que ahora el pueblo se preocupa de estas cosas y estudia los problemas internacionales y que una resolución precipitada ó un tropiezo en este delicadísimo asunto, puede colmar el vaso y derramarse el líquido.

Por lo mismo que todo el porvenir nacional depende del acierto en la negociación, si es que verdaderamente hemos llegado ya al estado de tratos, por lo mismo se impone la mayor discreción á la prensa, y el consejo al gobierno de que ponga cuidado en su marcha para no dar un paso en falso y hundirnos para siempre.

Hasta el problema religioso y la famosa nota del Vaticano o han perdido interés ante el viaje del embajador de Francia, que ha coincidido con la declaración que se atribuye al señor Sagasta de que, resuelta la cuestión de Roma y ultimada la negociación internacional, dará por terminada su misión política.

A. A.

Nota del día

LA MUJER TORERA

Yo no sé si en un pueblo civilizado se consentiría lo que se viene consentiendo en España: la mujer torera.

Creo que sí, porque desde los pueblos civilizados vienen hasta nosotros las mujeres domadoras, las mujeres trapecistas y toda clase de hembras dedicadas á ejercicios varoniles... Pero aquellos pueblos tienen sobre el nuestro la ventaja de que no limitan los demás empleos para la mujer: ésta puede ser abogado, ó médico, ó ingeniero, ó lo que quiera.

Lo que les hace falta es incluirlas en el censo electoral para que voten, y, por consiguiente, como aditamento á esto último, alistarlas en las filas de los ejércitos para que defiendan la patria con las armas en la mano.

¡Iguales derechos, iguales deberes: esto sería lo natural, sentado el primer precedente.

Y véase por dónde los pueblos, en su ascensión por el monte en el que ondea la bandera que tiene por inscripción: —Todos iguales y con los mismos derechos y deberes— echan á rodar al abismo lo único grato, lo único consolador que los engría á ratos en este mundo mísero: la Poesía.

El hombre ha dignificado á la mujer, obligándola á ser débil, para tener sobre ella la prerrogativa que da la fortaleza; y la ha cubierto con trajes distintos y variadas prendas para diferenciarlas de él, convirtiéndola en un objeto de placer y de recreo, satisfaciéndola después en sus funciones naturales, como obligada compensación á la esclavitud en que la tiene.

Hasta aquí todo iba bien.

La mujer, como la gata, hacía corcovas, se rozaba mansamente sobre su compañero; limando sus asperezas de carácter, y con guiños en este rincón y miraditas en el otro, ella era la dueña y señora, aunque esclava, del ser más fuerte, del rey de la creación: del hombre.

Las flores brotaban en los poéticos pensiles para ella no más.

Los poetas, á la hora de escribir, se transformaban en hombres buenos y decentes para cantar toda clase de tonterías.

Los valerosos marinos atravesaban los mares tempestuosos é insondables pensando en ella nada más, y todo era un puro sacrificio por la mujer, el ser más débil de la tierra.

Pero, amigo, los tiempos cambian. La mujer, frontal, no se acomoda á su santa función de comer y parir, y toma plaza junto al hombre, imitándole, ya que no superándole, en sus ejercicios de fuerza y valor; y entre las caricias sensuales del macho y los dolores terribles del parto natural, prefiere los riesgos del combate por la vida y la vocinglería fama del aura popular.

¡Y se hizo torera!

Y le dió un toro una cornada.

En presencia de todo esto, mediten las mujeres, compañeritas en sexo de esa *Manolita* que en Sevilla ha caído sobre el lecho del dolor, si deben de inmiscuirse en las faenas y obligaciones de los hombres, seres fuertes, ó deben proseguir haciendo el papel que se les tenía asignado.

El de gatita que hace corcovas con el lomo y se rozaba mansamente sobre la fiera-hombre para dulcificar sus instintos de animal provocador.

J. RODRIGUEZ LA ORDEN.

Murmuraciones

Anoche estuvimos los sevillanos de enhorabuena.

A primera hora se desarrolló en las alturas celestiales una tormenta marca doble, que, á poco que hubiera apretado, á los que no nos da miedo de oír nos deja sordo, y á los que tiemblan y se esconden, los hubiera matado de susto.

Afortunadamente, para anoche estaba anunciada la corrida de novillos de Nuestra Señora de las Tres Necesidades, en la que toreaban señoras, y la Virgen susodicha hubo de influir con su Hijo para que cesara la tormenta y pudiera

tomar una cornada la matadora Manuela, alias *Manolita*.

Así fué. La tormenta se corrió hacia el Norte, cesó la lluvia torrencial, se encendieron los focos eléctricos de la Plaza de Toros, y hacia ésta se fueron los doce mil espectadores que habían contribuido con su peculio particular para el mejor decoro y aseo de la Virgen de las tres Necesidades, que era la beneficiada.

Lo que ha sucedido, á pesar de la intervención de la Virgen, ya lo sabrán nuestros lectores.

Una señorita ha sido víctima de una cornada y está en grave estado... El espectáculo, por consiguiente, fué de los buenos. La Reina de los Cielos, correspondiente á la Carretería (barrio) se ha lucrado en algunos miles de pesetas para lucirlas en la próxima Semana Santa, y la infeliz *Manolita*, entre dolores y ¡*Mare meua!* yace afogada sobre el lecho del dolor sin tener que agradecerle á la Virgen milagrosa ni un pitoche.

Las grandes naciones quieren atraerse nuestras simpatías, porque dicen ellas que somos el primer factor para la conquista de Marruecos...

¡Vaya un modo de adularnos! No se atreven todavía á decir claramente que somos lo primero de Marruecos que tienen que conquistar.

¡Ah!

Antes que se me olvide: Le mando mi más cariñosa enhorabuena al Gobernador de Sevilla, Sr. D. Jerónimo del Moral.

Y se la mando porque, convencido de que estamos en Marruecos, él ha pasado á la categoría de wali.

Y hablando del Gobernador se me viene á la memoria el Gobernador de Santander, quien se conoce que es hombre de pelo en pecho, y no hombre del pimentón, como Moral.

Hace varios días que el precioso santanderino ordenó que las tabernas de aquella capital se cerraran á las diez de la noche, y los restaurantes y cafés á las doce.

Y para que la policía no lo burlara, él mismo, revolver al cinto, se echó á la calle para hacer que sus órdenes fueran cumplidas.

El público santanderino lo echó á bromas y comenzó á dirigirle indirectas al señor Gobernador, y éste, que se creyó capitán general con mando, ordenó que inmediatamente tomara posiciones la guardia civil y se dispusiera á casigar con mano fuerte y bala M. úser al que contraviniera sus órdenes.

¡Nada pasó!

El pueblo de Santander sabe que su Gobernadora capaz de fusilarlo á las once de la noche, y después del toque de aviso, y se recogió en sus hogares dándole gracias á la Divina Providencia y á Moret, ministro de la Gobernación, quienes, con su inmenso poder, pueden hacer un Gobernador de un alcornoque, ó un alcornoque de un Gobernador.

Porque el otro día dibujé á grandes rasgos una sesión celebrada en la Alcaldía de Sevilla entre dos personalidades conservadoras—*Pepitilla* y Ayala—sesión en la que se pusieron ambos señores como dos reverendos trapos—y el Alcalde, que fué testigo, no me dejó mentir—dichos señores, ó uno de ellos especialmente, ha gritado y pateado en el Municipio quejándose de los empleados, porque á éstos achacan el haberle dado publicidad á la escena de lavadero ocurrida.

Para que no padezca ninguno, de los subalternos á quienes les achacan la confidencia, debo de decirle y le digo, al concejal enfadado, que no han sido los empleados municipales los que han llegado á Nos á contarnos lo sucedido, sino que han sido los cocheros de la Plaza Nueva, hasta donde llegaron los gritos y los insultos, los que nos lo han referido.

—No hemos oído jamás—me decían—más dicharachos, más insultos, más insolencias, entre dos hombres, concejales al parecer.

—¿Pero ustedes—les pregunté—se fijaron bien en quiénes eran?

—Sí señor: *Pepitilla* y Ayala.

—Y el Alcalde...

—El señor Alcalde no hacía más que decir: ¡Vaya por Dios! ¡Qué partido conservador es este! Hagan ustedes el favor de callarse, que luego me cuesta á mí el dinero hacerlos amigos... ¡Ea, ea! ¡Ya pasó! Y sacando dos de los cigarrillos filipinos que acostumbra dar á todo el que le dice ¡buenos días! ó ¡buenas tardes!, se los llevó hacia dentro... y no oímos ni vimos más.

Cese, pues, la búsqueda del culpable; porque dichos señores deben de comprender que si yo me hubiera querido enterar del pé a pa de lo sucedido, hubiera ido á preguntárselo al señor Alcalde, quien me lo hubiera dicho en secreto y bajo palabra de honor de que nada dijera.

Pero... por lo mismo que yo no iba á guardar el secreto, tratándose de un acto tan trascendental, no fué.

Para no comprometerme ni comprometer á nadie.

Aparte de que... hago una apuesta con *Pepitilla*: —¿A que voy á preguntárselo á su contrincante y me lo cuenta todo, y nos reímos los dos, y me convida encima?...

¡Qué trabajo está costando encontrar los peregrinos que han de marchar hacia Roma sacados de este distrito! Hay hasta diez de primera: de segunda habrá unos cinco; y el rebano de tercera no pasa de tres y pico... ¡Padre Santo, Padre Santo! ¿Qué te parece tu obispo? —¡Conque capelo, y no traes siquiera unos veinticinco bribones de esos ricachos de tu diócesis?—Cual visto que eso le dirá Rampolla cuando el pobre Marcelito se arricille suplicando. —¡El capelo, padre mío! —¡Qué capelo ni ocho cuartos! ¡A vaciar bien los bolsillos! *Tutta gloria, tutto honore* se compra con dinerito.

Ya comienzan á dar resultados los pujos de alianzas y grandezas.

Léase:

«Mientras el *firt* no ha tenido trazas de trascender, Inglaterra se ha sonreído irónicamente; pero apenas ido Caserta á las maniobras del ejército francés, como éstas ya eran palabras mayores, Inglaterra ha comunicado al Gobierno español para que no continúe por ese camino, amenazando, si sus consejos no son atendidos, con considerar el suceso como *casus belli* y apoderarse de alguna de las posesiones españolas inmediatamente.»

Y ya tenemos á nuestros diplomáticos de baratillo vueltos tarumba.

Y á Caserta tomando el tren hacia España y con el rabo entre piernas.

Y á la nación pagzuata, sumisa y bonachona, esperando tranquilamente los sucesos, que habrán de llegar, los ingleses mediante.

Dice el *Diario de Avila*:

«En el invierno pasado se vino al suelo la torre de la iglesia del pueblo de Serranillos. Hace poco se hundió el edificio destinado á escuela pública.»

Y hoy recibimos noticia de que se ha arruinado la casa Ayuntamiento.»

Por lo que se ve... todo va contra los estatutos reglamentariamente.

Contra la iniciativa particular nada va. Hasta el poder desconocido está haciendo manifestaciones anárquicas.

Anoche, en la parroquia de San Esteban, se estaba celebrando la novena á la Virgen de la Luz.

El padre cura estaba sermonizando cuando oyó un trueno terrible y por los ventanales del edificio penetró una vivísima claridad, inundando de luz el templo.

El padre cura arrojóse, huyendo, del púlpito, sin encomendarse á la Virgen de la Luz.

Las viejas rezadoras y durmientes despertaron despavoridas, y gritando con la mayor irreverencia, huyan aterradas.

En este desaguisado... cesó la tormenta.

El predicador, convencido de que el rayo no le había tocado á él ni á sus feligreses, volvió al púlpito, diciendo:

—Ya lo veis, hermanas mías: La Virgen de la Luz nos ha salvado por chiripa, porque si el rayo cae aquí no nos salva ni la Virgen de la Luz. Cuando escuché el trueno y me tiré cabeza abajo del púlpito, no fué por dudar de la clemencia divina, sino por... ir á meterme debajo de la cama. La Iglesia de Dios no ha sido destruída por milagro de la Virgen: recómosla y cantémosla un *Te-Deum* porque ella nos ha salvado.

Y las pobres viejecillas comenzaron á dar gracias á Dios, y á la Virgen de la Luz porque, si bien el rayo, ó la chispa eléctrica, había matado á dos perros, y hubiera matado á un batallón de creyentes si los cogió al paso, al menos ellas habían sido respetadas.

Nuestros grandes periódicos, caminando de iniciativa en iniciativa con el fin de despertar esta opinión pública que no compra más de mil ejemplares por edición...

—¡Dos mil!

Bueno: dos mil ejemplares.

—Y algunas veces tres mil.

También me acomodo: mientras más ejem-

plares vendan recogerán más perras chicas, pero no tendrán por ello más razón.

Iba diciendo que, caminando de iniciativa en iniciativa, van escarmentando en cabeza ajena, pero... siguen erre que erre para alucinar a la multitud.

Se le ocurre a *La Iberia* dotar a Sevilla de un material de incendio, ocurrencia digna de aplausos, y comienza ella sacrificándose con su peculio particular, en poca cosa con arreglo a la magnitud de la iniciativa, pero en lo bastante con arreglo a sus fuerzas...

Las clases pudientes, únicas a las que afectaba tan provechosa iniciativa, abandonan al ilustrado colega, y éste se queda en el primer escalón.

¿Tú qué lo intentaste, Juan José?

Ya está ahí sobre el tapete de la publicidad otra iniciativa.

El Liberal inicia que las cenizas de Rafael Calvo deben de traerse al cementerio de Sevilla, porque en el cementerio de Cádiz están en una sepultura de veintidós dueros, y allí, además que recogen humedad, nadie va a verlas, lo mismo que ocurriría aquí si tuvieran el mal acuerdo de hacerle caso a *El Liberal*.

Pero *El Liberal* no comienza por donde debería comenzar, como hizo *La Iberia*: que es por rascarse el bolsillo; porque para una empresa como esa, y para la que no se necesitan más que una buena voluntad y algunos miles de pesetas—¡bien poca cosa!—el colega iniciativo podría hacerla por su cuenta.

¿A qué molestar a nadie por amor al arte y por patriotismo?

¿Es que pretende *El Liberal*, quizá, que el Ayuntamiento de Sevilla y demás corporaciones se pongan al servicio de las iniciativas de cualquiera iniciativo?

—¡Ahí está la iniciativa!—dice el colega.— Dos años me he llevado estudiando para dar con ella. Recójala el que quiera, gástese el dinero el que quiera, porque yo no estoy por eso, y después... a mí iniciativa se deberá el no haber dejado en paz las cenizas de un cómico.

Si en esto no se ocuparan personas formales, diríamos que era cosa de chiquillos.

Si los sevillanos nos fuéramos a ocupar en traer a Sevilla a todos los muertos que en vida vieron en ella la luz, ya teníamos tarea.

—Es que ese muerto fué un genio!...

¡Vaya usted a pase!

La muerte, como la ausencia, agranda todas las cosas, y si Rafael Calvo era un actor singular, para ser genio le faltó siempre más de una resma de ejemplares de *El Liberal*.

Desgraciadamente para España no es *El Liberal* único en su clase de hacer genios por iniciativas.

Como hijos de una nación que va a la cola de todas las civilizadas, no nos pagamos de imitarlas en su laboriosidad protegiendo a los vivos que lo han de menester para que levanten nuestro nivel intelectual, pero sí nos cuidamos exclusivamente en querer imitarlas en sus vanidades.

Para enterrar muertos ilustres hay que hacer vivos ilustres...

—¿Y acaso no lo era el inimitable actor?...

¡Vamos a callarnos y a dejar a los muertos en paz!

A las naciones no las salvan los cómicos fingiendo pasiones ensayadas sobre un tablado.

Sino los hombres pensadores que todo lo sacrifican por ellas sin celebrar contrato para llevarse el tanto por ciento de la taquilla.

CARRASQUILLA.

Después del Consejo

Quedamos en que del Consejo de ministros celebrado el viernes no sabemos nada de la nota del Vaticano, y siempre que los ministros guardan reserva sobre puntos graves sometidos a la resolución del Consejo, es porque nos amenaza una mala noticia, porque ha surgido una fuerte disidencia o porque el Gobierno, derrotado y vencido, no sabe qué camino tomar ni cómo dar cuenta al público del fracaso.

La última versión sobre la nota pontificia es que tiene gran extensión y que en algunos términos tan confusa, que ninguno de los ministros ni el Consejo de responsables juntos han acertado a descifrar la charada. Sólo Moret ha aventurado una fórmula que, como todas las del actual ministro de la Gobernación, viene a embrollar más el asunto y a constituir una verdadera decepción para la opinión liberal.

Roma, como siempre que de asuntos de España se trata, se impone a nuestro Gobierno de un modo inaudito, negándose en absoluto a poner mano en el Concordato y exigiendo en cambio que no se toque a las comunidades religiosas que forman parte integrante de la Iglesia, y que en España viven y vivirán bajo la salvaguardia del Papa y del Concordato, sin que nadie se atreva contra ellas.

Nos explicamos las blanduras de nuestro Gobierno y el miedo que preside sus actos en este problema eclesiástico, porque los grandes protectores de los intereses de la Iglesia no consienten que se haga nada que pueda disgustar a Roma.

Después del Consejo se volvió a hablar de nuevo de la retirada de Sagasta y del gran barullo que se ha movido con motivo de la llegada a

Madrid de los embajadores de París y Londres y de la coincidencia de Silvela y Azcárraga en la Corte de invierno con nuestros representantes en Inglaterra y Francia. De conferencias secretas, de avance de protocolo ó notas para negociar y de otra porción de lindezas, porque el señor Moret, verbo del Gobierno y, presidente del Consejo en ejercicio dedicó a sus compañeros un discurso, ó lo que fuera, cantando las excelencias de la política de contactos internacionales, para cuyo logro se hace preciso que nos armemos hasta los dientes para hacernos valer.

Ya dijimos en nuestro último número que ambos partidos gubernamentales están de acuerdo en lo esencial de nuestro desposorio internacional ó en el reconocimiento del tutor que ha de hacer la presentación y ha de representarnos, y para consagrar el acuerdo y suscribir la solidaridad han coincidido en Madrid los expresidentes del Consejo de ministros de la conservaduría y han conferenciado también con León y Castillo.

Así caminamos completamente a ciegas entre los arrecifes y peligros del clericalismo y de las conveniencias interesadas de las cancellerías de Europa, que nos traen y nos llevan a su antojo, sin consentirnos otra intervención que la de conocer el mismo día de la batalla el lugar que se nos ha asignado en el combate.

No quitamos ni ponemos alianzas, pero advertimos al pueblo de que nos llevan atados de pies y manos a una desventura cierta, y acaso a un desastre peor que el de 1808.

Sensiblerías

Toca a su término la estación estival. Arden todavía en fiestas las playas del Cantábrico. Van y vienen los trenes llenos de viajeros ricos. No pueden resistir los rigores de la capicula y huyen en busca de consuelo a la orilla del mar, a las altas montañas, cabe los salubres manantiales. Necesitan calafatearse, cobrar nuevas energías para el próximo invierno.

Se ha levantado la veda. Gallardos cazadores trepan por las riscosas sendas con la escopeta al hombro. Flota en el aire un penetrante olor de pólvora. Repercute en las solitarias cañadas el seco estallido de las detonaciones. Los pájaros, asustados, levantan el vuelo. Y huyen, huyen agitando las alas de colores de un modo desesperado....

Señores de noble alcurnia, sibaritas como Lúculos y ricos como Cresos, reúnen en sus castillos y casas solariegas, ilustres huéspedes y encantadoras damas. Como en el banquete de Trimalción, descrito por Petronio, no cesan nunca de comer. Hay en las cuadras briosos corceles y cómodos carruajes para las excursiones cinegéticas y las jiras campestres. De vez en cuando se extremece el bosque con los ecos de las trompas de caza y los ladridos de la jauría que salta entre las patas de los caballos. Huyen las ovejas asustadas ante aquel desusado estrépito, y el pastor greñudo y salvaje, encogido y temeroso, ve pasar, como en sueños, la brillante y alegre cabalgata. Y quédale en los ojos durante largo rato la dulce visión de las nuevas walkirys, blancas como la leche y olorosas como las mejores flores de la montaña....

El jefe del Estado, un adolescente, casi un niño, va por ciudades y aldeas en carrera triunfal. Redoblan las campanas, retumban los cañones y lucen los edificios públicos espléndidas luminarias. Los municipios que todavía no han levantado en España una escuela verdaderamente merecedora de este nombre, emplean enormes sumas en percalinos y oriflamos. Mesnadas de cortesanos cubiertos de galones y plumeros siguen al rey. La multitud inconsciente lo contempla delumbada, grita y aplaude. Y va la regia comitiva de pueblo en pueblo, entre músicas y vítores, resplandeciente de oro, custodiada por batallones de soldados.

Más allá de las fronteras se repite el espectáculo en más grandes proporciones.

Se advierten los grandes, los poderosos, los oligarcas del dinero, y van los reyes y emperadores de una punta a otra de Europa visitando a sus colegas, reanudando alianzas, revistando tropas y haciendo alarde de su poder y sus riquezas. Y sólo funciona el telégrafo para repetir sus palabras y dar cuenta de sus pasos.

La mayor armonía reina ahora entre las testas coronadas. Se prodigan las condecoraciones, los abrazos y hasta los besos en las mejillas.

Diez millones de francos lleva gastados el shah de Persia desde que ha emprendido su viaje por Europa.

Camino va de París una embajada española para entregarle el Toisón de Oro... no sabemos

en recompensa de qué méritos contraídos.

Causa delicia la lectura de los periódicos, llenos de descripciones brillantes de visitas regias, partidas de caza, corridas de toros y excursiones de placer....

Algunas veces, sin embargo, también logra la masa que se ocupen de ella. Para esto necesita hacer uso de la navaja ó el revólver. Entonces el pelele muerto de hambre, que enloquecido por el alcohol ha cometido un asesinato imbécil, llama por un instante sobre sí la atención pública.

Su nombre corre de boca en boca y se lanzan sobre él toda clase de insultos. ¡No sé si los merecen esos desdichados, sedientos de sangre, que, casi antes de pensarlo, matan a sus compañeros de esclavitud! ¿Qué importa que los esbirros apaleen y maltraten a seres indefensos y vayan contoneándose por las calles con provocativo gesto que da ganas de escupirles en el rostro? ¿Qué importa que haya explotadores sin conciencia que se enriquecen a costa de los pobres?..

¡Los pobres! También hay para ellos una sección en los periódicos.

Es la crónica negra y dolorosa que, arrancaría lágrimas de tristezas y gritos de cólera, si en lugar de habitar entre caníbales, viviésemos entre personas.

La noticia más fresca es la muerte de *el Peque*, un golfito de Madrid que se quedó dormido en el Prado, junto a las verjas del Buen Retiro, quizás oyendo los gorjeos de las tipples italianas, y se despertó en la eternidad. ¿De qué murió *el Peque*? ¿Quién sabe! Lo más probable es que se haya muerto de hambre y de abandono. ¡Con los diez millones de francos que lleva derrochados el shah de Persia en su rápida excursión por Europa, ¡cuánta carne y cuántas blusas y cuántos pantalones se podrían comprar para los pobres *Peques* que pululan por el mundo! Con lo que va a costar el monumento a Alfonso XII, ¡cuántas colonias infantiles se podrían establecer a orillas del mar, dirigidas por personas dotadas de ciencia y de sentimiento altruistas!...

Ya sé yo que alguien calificará de *sensiblerías* trasnochadas estas apreciaciones mías. ¡Sensiblerías protestar de que un ser humano, y además un niño, muera abandonado en la calle como un perro!.. Los que tal digan, merecerían que a ellos ó a sus hijos les sucediera otro tanto.

Yo veo las iglesias, frescas como grutas ahora en el verano, y caldeadas por el incienso, las luces de las lámparas y las tupidas altombras en el invierno. ¡Cuántos pobres se podrían cobijar en ellas!...

—¡Profanación!—¡Blasfemia!—dirán los que fingen profesar un culto que no sienten.—¡La casa de Dios convertida en posada de pordioseros!

¡Ah! Hemos llegado a conceder demasiada importancia a las ideas y las palabras, y ninguna a los hechos. Todo el régimen actual descansa sobre una base falsa.

Antes que nada, está la vida de los hombres. Mientras haya *Peques* que se mueran de abandono, será un mito la caridad católica, la moral y la justicia.

Mientras viajan los reyes, y los señores de noble alcurnia reúnen en sus castillos y casas solariegas ilustres huéspedes y encantadoras damas; y trepan por los riscosos senderos, escopeta al hombro, gallardos cazadores; y las clases burguesas se solazan a orillas del Cantábrico, tiene lugar un horrible choque de trenes en Asturias. Total, dos muertos y cinco heridos. ¿Quién es el responsable de la catástrofe? Un empleado, el jefe de Malvedo, que trabaja diariamente treinta y seis horas consecutivas por una retribución anual de 1,499 pesetas.

No quiero hacer ninguna consideración sobre este nuevo caso de explotación inicua, por temor de que también la calificquen de *sensiblerías*.

Solo pienso una cosa: que si la mayoría de los hombres no fuesen unas bestias resignadas y húmedas, no habrían reyes que viajaseen, ni obispos remunerados, ni shahs de Persia que en pocos meses se gastasen en liviandades y franquicias diez millones de francos....

CONSTANTINO PIQUER.

Estatuas

Es un hecho probado el que cada época se señala por sus tendencias. Se distingue la nuestra por el afán desmedido que se siente de levantar estatuas a diestro y siniestro; puede decirse que la fiebre de la *estatuomanía* nos devora, pero en grado tan alto, que raro es el día en que no nos anuncie el telégrafo una nueva inauguración.

Véase por ahí respetabilísimos individuos que con la lengua fuera, con la mejor buena fe y poniendo en ello sus cinco sentidos, trabajan, rebuscan y se ingenian para encontrar ciudadanos *estatuizables*; como hoy somos casi todos *notables, sabios e ilustres*, encuentran por fin su hombre, y resulta generalmente que, al descubrirse una estatua, nos enteramos de que ha existido el personaje a quien se honra. El record de este *sport* modernísimo acaba indudablemente de batirlo un riquísimo propietario de Seine-et-Marne (Francia), al que creemos que no habrá quien le dispute el triunfo. Este hombre generoso se ha propuesto nada menos que elevar una estatua al simpático presidiario Jean Valjean, protagonista de la hermosa novela *Los miserables*, para lo cual ha dejado en su testamento cantidad suficiente para la realización de su proyecto.

No sabemos a la verdad si el rico y filántropo propietario ha tomado por un ser real al personaje de Víctor Hugo, ó si se pretende de este modo rendir un homenaje simpático a la literatura contemporánea, ó si se ha propuesto plagiar el célebre banquete ofrecido en Madrid al *célebre Garibaldi*. En todo caso, y propóngase lo que se proponga el cándido ó marrullero propietario francés, hay que confesar que es la primera vez que un héroe de novela recibe una tal consagración. Como casi todas las modas nos vienen de Francia, no sería difícil que nos saliese aquí algún otro rico propietario, que deseando superar al francés, le costeara su respectiva estatua a *José María* ó al *Tío Martín*. Después de todo, casi no nos extrañaría.

J. V. DE V.

El "meeting" de ayer

Con el local completamente lleno de obreros y buen número de polizontes en los alrededores, se celebró ayer en el teatro Portela un mitin para protestar contra la clausura que sufren los centros obreros de esta población desde el mes de Octubre del año próximo pasado.

Momentos antes de empezar el acto hacíanse sabrosos comentarios en los corrillos formados por los obreros que iban llegando, con motivo del lujo de fuerza desplegado por la autoridad, pues nada menos que el jefe de vigilancia, los cuatro inspectores de policía y unos sesenta agentes se hallaban en la puerta y rodeando el teatro Portela desde las siete de la mañana; esto sin contar los polizontes de la secreta, que no era fácil distinguir a primera vista.

Es en extremo ridículo el miedo que, a juzgar por las precauciones que se adoptan cada vez que se reúnen los obreros, están demostrando las autoridades locales en estos asuntos.

A las ocho en punto empezó el acto, presidido por el compañero Juan Palomino Ojalla. El compañero Zaragoza dió lectura a las adhesiones recibidas, entre las que recordamos las del Centro de oficios varios y Centro de Estudios Sociales, de Huelva; Centro Instructivo Obrero, de Algeciras; Centro de Estudios Sociales, de Jerez de la Frontera; Centro Educativo, de Aznalcóllar; La Locomotora Invencible y varios gremios, de Córdoba; Asociación de Obreros, de Carmona; trabajadores de Santiponce; la Comisión de Escuelas Laicas y sociedades de filistas, ladrilleros, zapateros, sombrereros planchistas, sastres, carpinteros, modelistas y fundidores, taponeros y herreros de Sevilla y una carta del compañero Francisco González Sola conteniendo una enérgica y razonada protesta contra las arbitrariedades é injusticias de que se hace víctima a los obreros.

Enseguida empezaron los discursos. Palmero, albañil, pide que, para demostrar que los allí presentes no son meros curiosos, sino ciudadanos conscientes que vienen a protestar contra la clausura de los centros obreros de Sevilla, se pongan de pie estos últimos, quedando sentados los primeros.

Excepción hecha de unos cuantos policías vestidos de paisano que estaban dentro del local, los concurrentes se levantaron como movidos por un resorte. Después, en lenguaje humorístico, pone de manifiesto las ventajas que al obrero reporta la asociación, y establece un parangón entre los actos públicos que realizan los políticos y los que llevan a cabo los proletarios, para sacar en consecuencia que los primeros sólo atienden a su conveniencia personal, mientras que los segundos se dirigen a mejorar las condiciones de la colectividad humana.

Manuel Miranda, taponero, dió que las autoridades no se ocupan de hacer respetar las leyes, sino de violarlas, poniéndose al servicio de las injusticias, empleando la fuerza bruta para acallar las justas demandas del proletariado.

Aconsejó a sus compañeros que, siendo fuertes para el trabajo con el que mantienen tanto zángano, demuestren su fuerza, opiniéndose a los manejos de las autoridades, si preciso fuera, con hechos para recabar los derechos que se les niegan. Ataca duramente a la prensa de información que por buscar la *perra chica* que le ofrece la burguesía, no tiene reparo en ayudar a las injusticias que se cometen con los obreros, explotando la ignorancia de las masas y favoreciendo el ego y las concupiscencias de los poderosos. Aludió a las autoridades sevillanas que tan sistemáticamente han perseguido a los obreros, y fué llamado al orden por el delegado de la autoridad.